

"Antifemina"

Cuando —queriendo demostrar que la mujer es "tanto como el hombre"— determinadas señoras imitan la zafiedad de quienes no son hombres ni nada; cuando, desde "el otro lado", asistimos a "defensas" de la condición femenina sustentadas por varones absolutamente tontos que no hacen sino pringarla aún más con la baba del machismo, resulta un alivio casi sobrehumano ver cómo dos personas sensibles e inteligentes aúnan sus fuerzas y nos ofrecen, como resultado, un libro hermoso.

Tal es el caso de María Aurelia Capmany y Colita. Armadas de caballeros andantes, la primera con su afilada pluma y la segunda con su objetivo fotográfico en el que se mezclan la ternura y el rayo *lasser*, han salido por esos mundos de Dios a la búsqueda de su propia condición y han vuelto trayéndonos bajo el brazo una especie de *mini-Quijote* que lleva por título "Antifemina" (1).

El primer desafío de este libro consistiría en invitar al lector a que separe, si se atreve, los campos respectivos, señalando dónde termina la tarea del escritor para dejar paso a la del fotógrafo, porque sus páginas están escritas con la cámara y fotografiadas por la pluma. Palabras e imágenes —a su vez generadoras de palabras— "que nos aportan el conocimiento de la mujer", pero que "jamás aparecen en la tópica imaginaria femenil".

A lo largo de casi doscientas páginas de gran formato, gráficas en su totalidad, con fotos bellísimas, a veces a doble página, desfilan la infancia, juventud, matrimonio, trabajo, soledad, angustia, prostitución, muerte e inseguridad... para dejarnos, a la postre, la sensación de que lo femenino "es una condición asexuada que tanto puede aplicarse al hombre como a la mujer y en ningún caso como *elogio*". Palabras certeras, junto a desgarradas imágenes, hacen del libro un camino hacia la

(1) "Antifemina", María Aurelia Capmany y Colita. Editora Nacional. Madrid. 1977.



Una de las fotos de Colita.

verdadera emancipación de la mujer, que es convertirse en persona. Porque "la tópica protección hacia la mujer como sexo débil se ejerce siempre y cuando la mujer no necesite esta protección ni sea débil", y "un hombre viejo es todavía un hombre aunque sea viejo; una mujer vieja no es nada; ha dejado de ser cuerpo apetecible, un cuerpo fecundable, ha dejado de ser lo genérico que ha sido aceptado como la esencia de la femineidad".

Contra ese "genérico", mediante cuya atribución, gratuita e interesada, se ha sometido y marginado durante siglos a la mujer, se enfilan, en "Antifemina", pluma y objetivo fotográfico. El libro merecería la pena tan sólo por sus bellas imágenes, como valdría también únicamente por su texto. Pero texto e imágenes, al fundirse, nos dan —como el hidrógeno y el oxígeno— un elemento superior que, en nuestro caso, sería como el agua limpia y fresca que brota en este yermo donde feministas y machistas se mueren de sed, esto es, casi siempre, de falta de ideas. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

cuartel Moncada en 1953, y apoyó desde el Hospital Civil el ataque principal del grupo que dirigía Fidel Castro.

Abel, que fue capturado al término del asalto, murió torturado pocas horas después. Hijo de españoles (como Frank País y Camilo Cienfuegos, otras dos figuras señeras de la revolución) era el "número dos" del Movimiento 26 de Julio inicial. Hoy, la memoria de Abel es repetidamente exaltada en Cuba, y las palabras con que le calificó Castro ("el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes") aparecen, junto a su efigie, por doquier en la isla.

La autora de "El que debe vivir", Marta Rojas, desempeña la jefatura de información del dia-

rio "Granma", órgano del Partido Comunista de Cuba. Era periodista de la revista "Bohemia" y se encontraba en Santiago el día del Moncada. Ella fue uno de los primeros testigos de la carnicería que siguió al fallido asalto. Se dice que entre los pliegues de su falda pudo sacar del cuartel fotografías de los cadáveres masacrados que, publicadas por "Bohemia", causaron sensación en Cuba.

"Sobrevivió", de la salvadoreña Claribel Alegría, y "Aguardiente", del peruano Hildebrando Pérez, profesor de Literatura de la Universidad de San Marcos, son los títulos publicados del premio de poesía. El primero es un conjunto de poemas sencillos, versos cortos repletos de imáge-

nes de difícil claridad y evocaciones que, partiendo de las cosas y del paisaje, llegan siempre al ser humano, trágico y oprimido, como protagonista. En cuanto a "Aguardiente", contiene una poesía comprometida, casi de urgencia, pero elaborada con técnica formal cuidadosa y deseo de permanencia.

El premio de teatro, "Los diez días que estremecieron al mundo", es un texto colectivo escrito por doce componentes del grupo colombiano La Candelaria, que dirige Santiago García. Como su título sugiere, constituye una plasmación teatral del famoso libro de John Reed sobre la Revolución de Octubre. La obra, de corte brechtiano y conatos serpentinos, puede ser conside-

rada una muestra típica del teatro de "agit-pro", rotundamente político y partidario, en la que los actores son unas veces personajes y otras simples actuantes.

"Te acordarás, hermano", del costarricense Joaquín Gutiérrez, ex director de la editorial chilena Quimantú durante el Gobierno Allende, se llevó el premio de novela. Los dos planos de la narración: el individual (la vida cotidiana de un grupo de jóvenes latinoamericanos en Santiago de Chile) y el general (actuación clandestina del PC chileno durante el régimen de González Videla, al filo de los años 50), están bien entrelazados por un estilo desenfadado, fluido y palpante, en el que campean a partes iguales la ironía y la nostalgia. Es una novela que merece ser recordada. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Hofmannsthal, el último barroco

El "bildungsroman" es un género típicamente germano. Desde Goethe hasta Mann o



Hugo von Hofmannsthal.

Hesse, pocos son los autores que escriben en esa lengua —ya sean alemanes, suizos o austriacos— que no lo han ensayado alguna vez. El vienés Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) no es una excepción. Aquí está para demostrarlo este fragmento novelístico titulado *Andreas o los unidos* (1). El joven Andreas

(1) Prólogo de Luis Izquierdo. Traducción: José Miguel Minguéz. Barcelona, 1978. Novela Corta. Barral Editores.

von Ferschengelder se dirige en un viaje formativo —la historia se desarrolla en 1778— de Viena a Venecia a través de la alpina Carintia. Débil e inexperto, sujeto a todo tipo de vacilaciones, este antihéroe en busca de sí mismo será, casi al inicio de su viaje, víctima de las malas artes de un mozo marrullero al que vanidosamente había contratado para que le sirviera durante el viaje, realizado a lomo de animal.

Las fechorías del palafrenero, que violará a una criada y se dará a la fuga tras robar un caballo en el castillo —posada de Carintia, donde los viajeros encontraron amable hospedaje—, obligarán a Andreas a renunciar, por vergüenza y sentimiento de la propia indignidad, a su primer amor, Romana, la hija del castellano, y a todo lo que aquel lugar representa: soledad, paz de espíritu, valores firmemente anclados en la tradición. Obligado a proseguir su viaje con el bolsillo prácticamente vacío por culpa del mozo, Andreas llegará a Venecia, etapa por donde se inicia propiamente el relato. ¿Qué diferente, Venecia, de aquel paisaje de riscos, de torrentes y de agujas, donde el joven Andreas dejó a Romana, y al que el recuerdo le devuelve una y otra vez! Ciudad fantasmagórica, la de los canales, de contornos indefinidos, de apariciones y desapariciones, que parece concordar perfectamente con la extrema turbación del estado de ánimo del adolescente. Allí, un enmascarado prácticamente desnudo bajo su capa, le ayudará a buscar alojamiento en el palacio de un patricio, punto de reunión habitual de notables personajes. Allí conocerá también Andreas a Zústina, la hija del conde, quien le hablará de su hermana menor, Mina. Y se sonrojará al averiguar que esta última, Mina, es ofrecida por su hermana como primer premio al ganador de una lotería organizada en un círculo cerrado de gentes de muy alta condición.

La novela, como se dijo antes, quedó inconclusa, a pesar de que el autor estuvo trabajando en ella varios años. En las notas que dejó aparecen, sin embargo, otras figuras femeninas como la condesa María y

su alter ego, Mariquita, un caso de desdoblamiento patológico de la personalidad. Vacilante entre un ideal ascético —María— y una pasión sensual —Mariquita—, Andreas acabaría liberándose de aquella maraña de existencias fantasmagóricas para volver, purgado ya sus anteriores terrores, a su amor por Romana, la hija del castellano de Carintia.

A pesar de su carácter fragmentario, **Andreas o los unidos** constituye una excelente muestra del estilo y las preocupaciones de Hugo von Hofmannsthal. Romántico y barroco a un tiempo —y conviene no olvidar que fue precisamente el romanticismo el que dio a conocer en Alemania a nuestro Siglo de Oro—, Hofmannsthal gustaba de considerarse a sí mismo —véase, por ejemplo, su correspondencia con R. Borchardt y C. J. Burckhardt— el fiel guardián de la multiforme tradición cultural de Occidente. En el poeta confluyen no sólo todas las cosas, sino también todas las épocas.

De entre todas las influencias, sin embargo, la de nuestro barroco pesó hasta tal punto sobre Hofmannsthal que una de sus obras más representativas —*Der turm* ("La torre")— tiene como protagonista nada menos que al calderoniano príncipe Segismundo. Y otra lleva el título de *El gran teatro del mundo de Salzburgo*. Hofmannsthal fue también, dicho sea de paso, el fundador de los Festivales de Salzburgo, junto con Max Reinhardt. Su pasión por la música —no olvidemos tampoco su profunda marca simbolista— le llevó a escribir diversos libretos operísticos para su compatriota Richard Strauss.

Hofmannsthal es, pues, algo así como el último representante de la estética y el espíritu barrocos en Centroeuropa. En el barroco, la plenitud de la forma corre muchas veces paralela a la desintegración de los valores, propia de una sociedad en crisis. Claro que la amargura y el desengaño de un Calderón o un Quevedo no pueden ser los mismos que los de un Karl Kraus, un Broch o un Hofmannsthal. Aunque la corte sea, en ambos casos, la de los Habsburgo. ■ JOAQUIN RABAGO.



Vladimir Nabokov.

Nabokov, o cuál de los tres

Trece cuentos, aunque sean de Nabokov (1), pueden hacer temblar a más de un distinguido sustentador de enigmas asirios. En verdad, esta caja de sorpresas contiene una obra maestra, otras dos casi maestras, varias muy brillantes y un par del género "fina acuarela". Es un volumen para adictos al nabokovismo, quienes, en estas narraciones de juventud, descubrirán temas y melodías que luego adquirirían todo su desarrollo en la obra sinfónica de madurez. Así, por ejemplo, esa dama cargada de paquetes, cuyas piernas han quedado sujetas por la correa del fox terrier, transformada tras cuarenta años de meditación en una deliciosa escena de *Ada*. Son cosas de enamorado.

Nabokov escribió y publicó estos relatos en una de sus épocas más divertidas, cuando malvivía de emigrado en Berlín y París. Y resulta alentador ver en uno de sus cuentos (*Labios contra labios*) la distancia con que veía su

situación de escritor emigrado. Que tratara de vender semejante historia a sus compatriotas de exilio indica hasta qué punto el descaro tenía en él, ya por entonces, rango ontológico.

Pero incluso aquellos que no sean nabokovianos de estricta observancia, aprovecharán el tiempo leyendo la obra maestra aludida, *Última Thule*. Se trata de una historia prodigiosa, el casual descubrimiento, por parte de un honrado negociante del secreto del Universo. Nabokov sostiene una conversación con el tal individuo (a quien explota su cuñado: 300 rublos por dos horas de charla), que merece figurar en el Museo del Diálogo Trascendental, junto al célebre Nafta-Settembrini, el Raskolnikov-Poli o el Napoleón-Goethe, por citar sólo las guías turísticas. Advértese que, según dice explícitamente el sabio, el secreto aparece a lo largo de la conversación, aunque resulte sumamente difícil descubrir en qué momento.

Aparte del enigma fundamental del Universo, el lector encontrará una excelente variante del duelo (versión Chejov) con unos padrinos llamados Marx y Engels; una caricatura de trazo rá-

(1) V. Nabokov: *Una belleza rusa* (Argos-Vergara).